

se convencieran de la impotencia de ellas. En vano clamaron, Elías se burla de ellos y subiendo á la cima del monte les hace observar una cándida y pequeña nube casi imperceptible, que se elevaba sobre el mar y revestida de luz brillaba en el azul del cielo (1) Esta nubecita fué creciendo gradualmente hasta convertirse en una gran nube que con sus extremidades tocaba el horizonte trayendo á continuacion una abundante lluvia sobre Israel.

¿Quién no ve en esa nube de Elías una bella imagen de María? ella es la cándida nube que pequeña y pura desde el instante primero de su preciosa existencia se ha presentado sobre el turbulento mar de esta vida, toda agraciada y celestial para extenderse despues por medio de su proteccion maternal sobre los miserables hijos de Eva, para cubrirlos con su manto, para defenderlos de las ardientes iras del Dios de las venganzas, y traer sobre ellos, á manera de abundante lluvia, toda suerte de consuelos, de favores de beneficios, y de gracias.

El profeta Isaias cuya mision sublime era anunciar los juicios del Señor, no solo al pueblo escogido; sino tambien á otros pueblos, al hacer sus predicciones sobre el Egipto exclamó: “*Ecce Dominus ascendit super nubem levem et ingredietur Egiptum et commovebuntur simulachra Egipti á facie ejus.*” (2) He aquí que el Señor sube al Egipto en una ligera nube, y á su entrada se conmuevan en su presencia los simulacros de Egipto. Esa nube

(1) Lib. 3.^o Regnm cap. 17 y 18.

(2) Isaias cap. 19. v. 1.

de que habla Isaias, segun el gran Padre San Gerónimo, fué la Santísima Virgen en cuyos purísimos brazos fué llevado pequeño al Egipto el Verbo humanado, derribando con solo su presencia las falsas divinidades que adoraba aquella ciega nacion sentada en las sombras de la muerte. Aquí vemos con claridad cuan propio es el símbolo de nube para representar á Maria, supuesto que el mismo Espíritu Santo la llama nube, por boca de Isaias.

De las observaciones que hemos hecho hasta aquí sobre la blanca nube que á primera vista descubrió el venturoso Juan Diego, podemos inferir que con ese signo quiso la Santísima Virgen darnos á conocer la proteccion que venia á dispensarnos, cual si nos dijera: yo vengo á haceros sombra con mi amparo, á interceptar los rayos del sol de justicia y á haceros fresca sombra, á traer las lluvias de toda suerte de beneficios, especialmente de los espirituales; yo soy la ligera nube en que entró al Egipto el Salvador de los hombres, derribando los simulacros de satanás, y ahora vengo á derribar los que en estas tierras ha levantado la mas horrible idolatria: yo soy la nube que á manera de la que contempló Elias desde la cima del Carmelo, vengo á extender mi proteccion sobre vosotros y á apagar vuestra sed ardiente de felicidad, satisfaciendo todas vuestras necesidades espirituales.

Contemplamos ahora el hermoso y significativo arco iris que rodea á la nube mariana, el mismo que fué dado en señal de alianza á nuestro padre Noé, dos mil años despues de la creacion del mundo. Cuando el género humano se habia multiplicado, los errores y vicios de los

hombres multiplicáronse tambien, al grado de provocar á lo sumo la ira del Señor: su Magestad habla á Noé y le dice: "Delebo hominem quem creavi, á facie terrae, ab homine usque ad animantia, á reptili usque ad vólucres caeli: paenitet enim me fecisse eos." (1) Destruiré al hombre que he criado, lo extinguiré y quitaré de la faz de la tierra, desde los hombres hasta los cuadrúpedos, desde los réptiles hasta las aves del cielo: porque me arrepiento de haberlos criado. Luego mandó el Señor al patriarca, hiciera una arca en la cual se salvaria él y su familia, como tambien cada especie de animales. El cielo se cubre de espesas nubes que dejan caer sobre la tierra una lluvia durante cuarenta dias y cuarenta noches, mientras los mares se desbordaban con espantoso cataclismo: la tierra quedó anegada y el agua sube quince codos sobre las montañas mas elevadas.

Concluido el terrible castigo de la justicia divina, cuando aun se dejaban ver en el horizonte las negras nubes, restos de la tempestad pasada, el Señor habla de nuevo á Noé y haciendole ver el hermoso arco iris, que imitando los esmaltados colores de las piedras preciosas se pintaba en el cielo, le dice: "Hoc est signum foederis quod facio inter me et vos" (2) he aquí el signo de la alianza que yo hago contigo, y en tí con todos los hombres: "Cum obduxero nuvibus caelum, apparebit arcus meus.....et recordabor faederis mei vobiscum." (3) Cuando cubriere de

(1.) Génesis cap. 6. v. 7.

(2.) id. cap. 9. v. 12.

(3.) id. id. v. 14.

nubes el cielo, aparecerá mi arco y recordaré la alianza que hice con vosotros.

He aquí en el hermoso arco iris, otra bellísima figura, imágen ó signo de la Santísima Virgen, ella se anuncia con esa zona encantadora, porque ella es el signo de la alianza que el Señor quiso hacer con el pueblo mexicano que sufría un diluvio de males y habia visto sobre sí las negras y tempestuosas nubes del error. María se anuncia con el arco iris, porque nada la representa mejor, y como dice el abate Orsini, citando al filósofo Filon: "todo lo que sucede en el mundo se anuncia con alguna señal: cuando el sol está cerca de salir, el horizonte se tiñe de mil colores, y el oriente parece de fuego: las figuras del antiguo Testamento, continua dicho autor, en sentir de los Padres de la Iglesia, son las señales que anuncian va á aparecer el "sol de justicia" y á lucir "la estrella del mar." Por eso la agraciada Virgen se anuncia con esa señal que da á entender la paz, la alianza del Señor; porque cerca estaba de aparecer el sol de justicia en esta nacion, y de brillar la hermosa estrella de la mañana, la estrella del mar, la estrella en que debemos fijar nuestra vista sin separarla un instante, como aconseja el gran San Bernardo.

No pasaremos en silencio otra circunstancia: la hora en que apareció la Santísima Virgen: era la hora mas hermosa del dia; la hora de la aurora, hora en que las tinieblas han huido por dar lugar á la luz, las fieras se han ido á ocultar en sus ignoradas cavernas, los mansos animales han aparecido en los campos, las

aves ostentan sus variados plumages, hienden la atmósfera y hacen resonar en ella sus cadenciosos cantos, el horizonte se reviste de variados colores, toda la naturaleza se alegra y se apresura á saludar con mil bellezas al nuevo día. Esta es la hora en que aparece la bellísima Virgen, Aurora hermosa que viene á desterrar de México las tinieblas de la ignorancia y del error, viene á hacer huir de este felicísimo país las furias sanguinarias de los demonios que á la sombra de esas tinieblas devoraban á mil almas engañadas: viene á convertir á los felices mexicanos en ovejas del rebaño de Jesucristo, viene á hacer que las almas cual racionales aves se levanten en las alas de la gracia, ostenten los primores de las virtudes y canten himnos de loor y acción de gracias al Altísimo: viene anunciándonos el gran día de las misericordias, la llegada del sol de la verdad y del bien.

Ved con cuanta razón y cuán significativamente elige la Señora esa hora solemnisima ¡Ah! nuestra amabilísima Madre no perdona medio para manifestaros la importancia de su venida y las inmensas riquezas de gracias que viene á derramar sobre nosotros. Admirados y llenos de gratitud y reconocimiento deberíamos exclamar: ¿quién es esta bellísima criatura que se presenta como la aurora, que se levanta llena de primor, pura como la luna, escogida como el sol y terrible á las potestades de las tinieblas como un ejército bien ordenado y en forma de batalla? ¿quis est ista quasi aurora consurgens, pura ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata? Esa es la incomparable hija del Padre de las eternidades, la

Madre del Verbo divino, la Esposa del Espíritu Santo, la Reina del cielo, la Señora del universo, la Madre de todos los hombres, y especialmente y de una manera particularísima: ¡la Madre de los mexicanos! de los mexicanos, pueblo escogido, pueblo predilecto, pueblo mariano.

Demos una mirada simultánea sobre todo lo que hemos contemplado hasta aquí, resumamos nuestras reflexiones: La purísima Virgen da una mirada compasiva á nuestro suelo que estaba sumergido en un piélago de males: no se desdeña fijar sus ojos sobre el pueblo mexicano que entonces se presentaba como el más desgraciado de los pueblos; ella quiere hacerlo su nación escogida, ruega por él al Señor de las misericordias y quiere descender personalmente á visitarnos y á constituirse nuestra tierna y cariñosa Madre.

María aparece en la dichosa colina del Tepeyac, deja las mansiones de la paz para visitarnos, y esto en fuerza de solo su amor, sin ser invocada, pues viene á un pueblo que no conocía ni su amor ni su nombre; “Ecce ego ad gentem quaem non invocabat nomen meum. (1) Viene en sábado, día ciertamente grande porque en él fué concebida en los esplendores de la gracia, exenta de la mancha del pecado original, día en que nació á la tierra como agraciada flor de suavísimos perfumes, día en que recibió el dulcísimo y significativo nombre de María, día que como vispera de la Encarnación del Verbo divino, participó de la grandeza de ese memorable día, en que se ve-

(1) Isaias. 65. 1^o.

rificó tan sublime misterio en las purísimas entrañas de la encantadora Virgen, modelo de pureza: día que también fué víspera del Nacimiento de nuestro divino Maestro y Salvador, y que por lo mismo fué día tan grande y memorable como el que precedió á la Encarnacion. En sábado ha dispensado la Santísima Virgen mil favores á toda la tierra, y el sábado la celebra con especial devoción la santa Iglesia.

¡Ah! no olvidemos día tan santo, “dies septimus sabbati requies est, et vocabitur sanctus. (1) Consagremos á María el sétimo día de la semana, obsequiándola con una devoción especial; es el día en que los devotos de la purísima Virgen se empeñan de mil modos en ofrecerle los afectos mas tiernos de su corazón, en honrarla con mas fervor y alabarla con mas devoción. Nosotros los mexicanos tenemos un nuevo título para dedicar el sábado á los obsequios mas finos hácia nuestra buena Madre, porque en sábado se dignó visitarnos con una ternura sin igual prefiriéndonos á las demas naciones. ¡Oh! el sábado es día mexicano por excelencia, es el día grande que debemos llamar solemnísimo, santísimo: “vocabitur hunc diem celeberrimum atque sanctissimum.(2)

La Santísima Virgen se anuncia con una nube. Sabemos cuán significativa es esa nube que rodeó á la inmaculada María que es la nube celestial que viene á hacernos fresca sombra y derramar á torrentes sobre nosotros gracias y

(1) Lev. 23. 3.

(2) Lev. 23. 21.

mercedes. Desgraciado del que se separe de sombra tan benéfica, será herido de los rayos del sol ardiente de la justicia inexorable, no contará con los auxilios eficaces de la gracia, porque como observa San Alfonso Maria de Ligorio, ninguna gracia quiere el Señor conceder á los mortales sino por mano de María; luego el que de ella se separe no cuente con gracia alguna.

México ha padecido terribles azotes de la ira del Señor, porque se ha olvidado de recurrir al amparo de María ¡cuán diferente seria la suerte de nuestro país, si lejos de fijar nuestra atención en los falsos brillos de las grandezas temporales, hubiéramos siempre recurrido á nuestra buena Madre en pos de la verdad y del bien! entonces gozaríamos una verdadera dicha, una union inalterable, y los bienes temporales se nos habrían dado por añadidura: “quaerite primum regnum Dei.”

El arco que rodea la nube mariana es muy significativo, ya lo hemos visto, significa alianza con Dios, destierro de las tempestades de los males; y la paz, la dulce paz que significa todo género de bendiciones; pero ¿cómo bajo ese signo, México desde su independencía ha sufrido por muchos años los rigores de la guerra exterminadora, de guerra que acaba con la moralidad de los pueblos, con las riquezas nacionales, con las artes, con las ciencias y con todo bien sólido? ¿cómo explicarse ese asombroso contraste? Evidente y clarísima es la explicación; pero ¡cuán triste! Hemos sido ingratos á los beneficios de Dios...!

El pueblo descendiente de Abraham, de Isaac y de Jacob, fué favorecido del Señor Dios de la paz, y ese pueblo

quiso por sus ingratitudes, hacerse objeto de las indignaciones divinas, hasta traer sobre sí todo género de males y concluir con una guerra desastrosa, que empapando su suelo con torrentes de sangre y arrasando su capital, viniera á borrarla del catálogo de las naciones.

No quiera el cielo que los mexicanos á fuerza de ingratitudes con Dios, corramos la suerte de ese pueblo antes feliz y ahora desgraciado. No, mil veces no, aun es tiempo de implorar la misericordia divina por intercesion de Maria, aun se deja ver en el horizonte el hermoso arco iris de paz!

Si las sombras del error comienzan á aparecer de nuevo en nuestra nacion, si la inmoralidad, cual fiera sangui-naria, quiere, al auxilio de esas sombras, devorar nuestra sociedad; recordemos que Maria cual agraciada y lucida aurora, está dispuesta á disipar esa funesta noche, á traernos el brillante sol de la verdad y el claro dia de una felicidad sólida.

Aun se deja ver esa aurora celestial, capaz de hacer renacer en nuestra alma la alegría mas pura, y en nuestra amada nacion la felicidad verdadera; no una felicidad material, ilusoria y pasajera, sino aquella que consiste en la union de las naciones con el nudo estrecho de la caridad, en el destierro de los vicios y en el establecimiento de las virtudes.

¡Oh! misericordiosísima Maria de Guadalupe! cándida nube levantada del inmenso oceano de la gracia, para hacer sombra al pueblo mexicano, defiéndelo de las divinas iras y derrama á torrentes sobre él los auxilios del Señor:

Arco-iris de paz y señal cierta de nuestra reconciliacion con Dios: Aurora hermosa que destierras nuestras tinieblas: desempeña esos gloriosos títulos que tú misma has elegido para reanimar nuestra esperanza; dá una mirada maternal sobre nosotros, como aquella que diste al fin del primer tercio del siglo diez y seis, cuando te postraste ante el trono del Eterno á suplicar por la dicha de México y á obtener la licencia para venir á visitarlo. Necesitada, sí, muy necesitada estaba entonces la nacion que elegias para que fuera especialmente tuya; pero ¿acaso deja de estarlo ahora? Mira, Señora, la multitud de males que padecemos, hemos perdido la paz, y el gérmen de la discordia está sembrado por todo el vasto suelo de tu nacion amada, la inmoralidad, consecuencia fervorosa de la guerra, se extiende por todas partes cual gangrena mortífera que amenaza con la ruina á tu nacion querida; y lo que es mas, muchos de tus hijos abrazan el error y corren por sus tortuosas sendas ¿sufirás, dulcísima María, que tu pueblo venga al fin á merecer ser abandonado de Dios? no, bondadosa Virgen del Tepeyac, no permitas nuestra ruina, intercede por nosotros, ruega por nosotros, pues tú puedes remediarnos, puedes socorrernos, puedes hacernos felices, porque tu ruego es omnipotente.